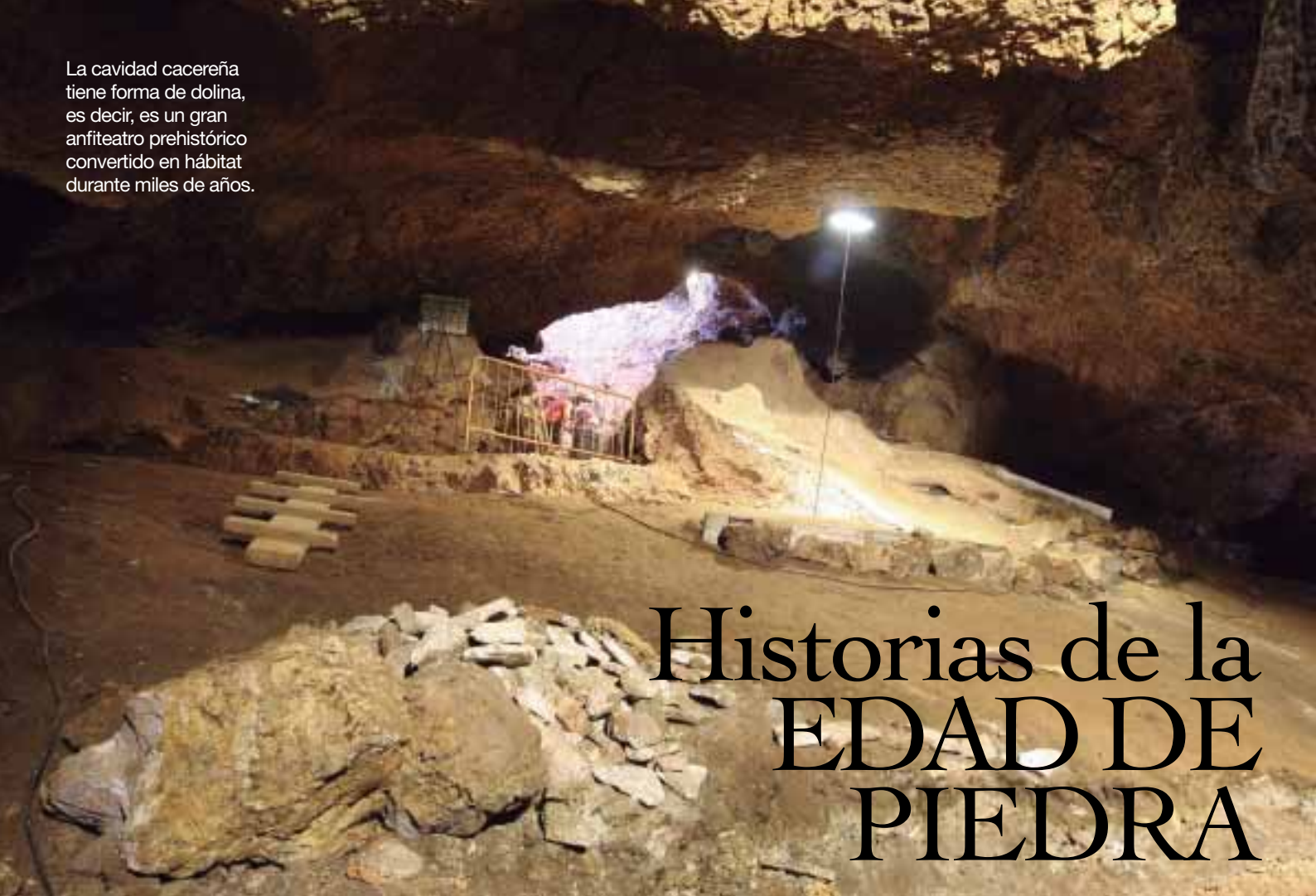


La cavidad cacereña tiene forma de dolina, es decir, es un gran anfiteatro prehistórico convertido en hábitat durante miles de años.



Historias de la EDAD DE PIEDRA

La Cueva de Santa Ana, en el CEFOT de Cáceres, alberga un yacimiento excepcional del Paleolítico

DESDE hace algo más de una década, un grupo de investigadores ahonda en los orígenes del hombre retrocediendo 700.000 años en el tiempo, en el interior de una cavidad excepcional, localizada en la Península Ibérica y Europa: la Cueva de Santa Ana. Este hábitat prehistórico horadado en el suelo en forma de dolina, es decir, como un anfiteatro, se abre al exterior entre encinas, por encima de la pista de adiestramiento y próxima a la zona de tiro del Centro de Formación de Tropa (CEFOT) número 1, muy cerca de la ciudad de Cáceres.

La excepcionalidad del yacimiento radica en la cantidad y la excelente conservación de alguno de sus registros arqueológicos. Su estudio permitirá profundizar en el conocimiento de la evolución tecnológica de la industria lítica (piedra) de los homínidos en el oeste peninsular, en su técnica para fabricar herramientas a lo largo del Paleolítico,

entre los 30.000 hasta, posiblemente, el millón de años. La investigación también arrojará más datos a cerca de la colonización del continente europeo a través de la franja mediterránea desde el norte de África, un trasvase cultural todavía poco conocido.

El Achelense de esta gruta podría ser el más antiguo de Europa

«Es un privilegio encontrar un yacimiento dentro de un recinto militar», señala Eudald Carbonell, codirector junto a Antoni Canals, del equipo de investigación Primeros Pobladores de Extremadura, el grupo de arqueólogos responsable de las actuaciones en

el yacimiento cacereño. Santa Ana se encuentra a salvo de expoliadores y curiosos precisamente por estar ubicada en unos terrenos que pertenecen al Ejército de Tierra. Así ocurre también con el yacimiento de El Zafrín en las Islas Chafarinas y en algunos de la sierra burgalesa de Atapuerca incluidos en el perímetro de la base *Cið Campeador* del Regimiento de Ingenieros número 1. «Siempre hemos contado con el apoyo del Ejército, un ejemplo más de la colaboración entre la sociedad civil y militar», añade Carbonell.

«Las tareas de vigilancia», señala el jefe de la unidad, coronel Enrique Martín Bernardi, son la principal aportación del personal del CEFOT al desarrollo de las excavaciones, aunque la unidad siempre está abierta a ofrecer cualquier tipo de ayuda que soliciten los investigadores.

Las excavaciones en Santa Ana comenzaron en 2000 y han tenido lugar de manera ininterrumpida hasta aho-

ra en períodos de quince días anuales, siempre en el mes de septiembre. Los arqueólogos disponen de sus propios medios, por lo que a lo largo de estos años el CEFOT ha prestado apoyo puntual a los trabajos de prospección, suministrando, por ejemplo electricidad, agua y algún tipo de maquinaria. «Los militares son nuestros vecinos y las relaciones con ellos, excelentes», destaca Antoni Canals.

AUTÉNTICO ESPACIO CULTURAL

«La Cueva de Santa Ana es el yacimiento más antiguo que documenta la presencia de comunidades humanas en esta zona». Canals se refiere al denominado «Complejo Arqueológico Carcereño», un territorio que comprende tres entidades geológicas: El Calerizo, un sistema kárstico —mesetas de piedra caliza— perforado en la entrada de Santa Ana y de las cuevas de Maltravieso y El Conejar; los humedales de Vendimia y El Millar —yacimientos al aire libre— y las terrazas de la cuenca del río Salor, afluente del Tajo. Se trata de un auténtico espacio cultural ocupado por diferentes grupos de homínidos entre el Paleolítico Inferior —más de un millón de años— y la edad del bronce, entorno a los 8.000 años.

Los primeros humanos vivieron aquí «a remolque de la gran explosión y calidad ecológica que existe en este área», destaca Canals. «Sabemos que fue una zona privilegiada para los cazadores-recolectores, especialmente en El Calerizo, por su potente freático», añade. El freático es el río interior que desde hace millones de años fluye bajo estas tierras y se hace visible en dos puntos. Uno de ellos es, precisamente, la Cueva de Santa Ana. «Su entrada constituía entonces un acceso natural a dichos recursos hídricos porque generaba un lago dentro de la cavidad», explica el arqueólogo.

Las numerosas crecidas de estas aguas en el pasado prehistórico han provocado una remoción de los sedimentos arqueológicos. Esa es la razón por la que los investigadores no trabajan en estratos o niveles como es habitual en estas excavaciones, sino en unidades estratigráficas o paquetes sedimentarios superpuestos —hasta ocho, en esta ocasión— y que configuran el relleno completo de la cavidad. Esta circunstancia está dificultando la datación exacta de los hallazgos.

A pesar de ello, los arqueólogos han determinado la presencia de homínidos en Santa Ana desde hace casi un millón de años gracias a los útiles con los que trabajaban. «Hemos encontrado una secuencia *Achelense* antigua que alcanza los 700.000 años y otra más moderna de 150.000», afirma Canals.

El *Achelense* es la industria lítica o modo tecnológico 2 originado en el Paleolítico Inferior. A esta tecnología pertenecen los bifaces, las primeras herramientas verdaderamente complejas elaboradas por los homínidos y, por tanto, el primer gran reto técnico al que se enfrentaron en su evolución.



Atapuerca bajo la mirada militar

Las cuevas de Gran Dolina y de La Galería, y los yacimientos al aire libre del Valle de las Orquídeas, Hotel California y el Hundidero de la Sierra de Atapuerca, en Burgos, se encuentran dentro de los terrenos del Campo Militar de Matagrande junto a la base *Cid Campeador*, donde se concentran varias unidades del Ejército de Tierra, entre ellas, el Regimiento de Ingenieros número 1.

Después de más de tres décadas de investigaciones, el vínculo militar con los arqueólogos civiles se mantiene, aunque no con tanta intensidad como en los comienzos de las excavaciones. Atrás quedan las voladuras de los ingenieros para despejar los sedimentos, entre otras numerosas y espectaculares acciones.

En la actualidad, el apoyo logístico se centra en el suministro de agua a través de aljibes y de tiendas modulares donde los investigadores lavan los registros arqueológicos encontrados. Con máquinas

empujadores y volquetes los militares también colaboran en el sellado de los yacimientos con tierra, alisando el terreno como medida de protección hasta la campaña siguiente que, generalmente, se prolonga durante casi 40 días en el inicio de cada verano.

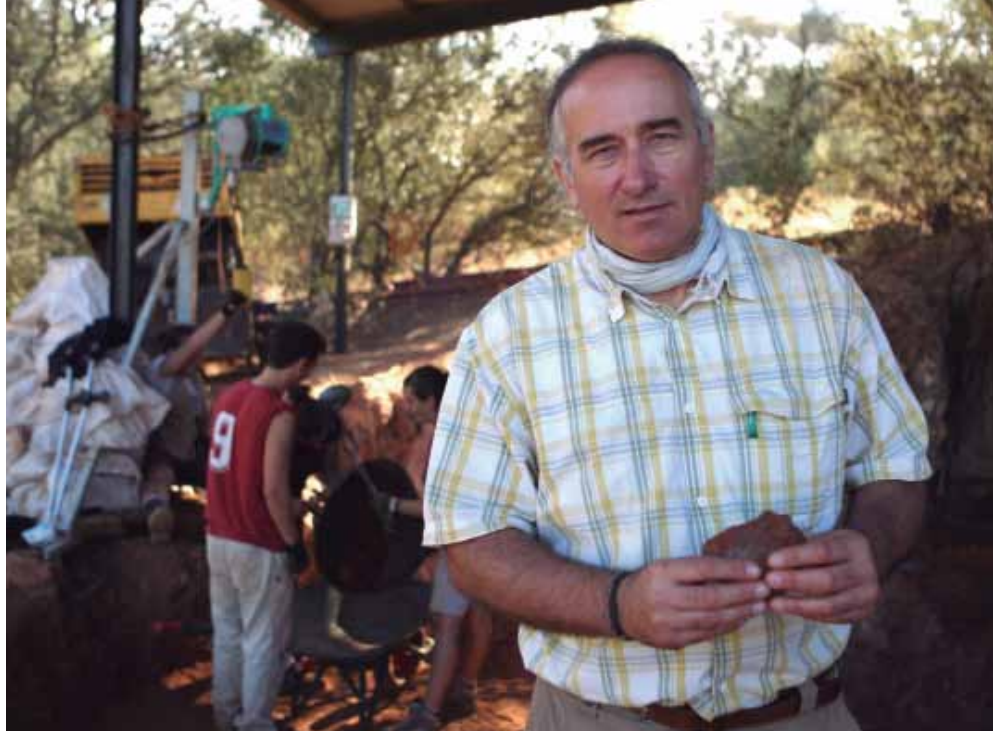
«Atapuerca genera más del 70 por 100 de la información acerca de los homínidos en Euroasia», asegura Eudald Carbonell, uno de los tres codirectores del equipo de investigadores que trabajan en la sierra burgalesa. Sólo en la Sima de los Huesos se han encontrado más de 6.500 fósiles con una antigüedad de entre 300.000 y 500.000 años. Además, en el año 1994 en Gran Dolina aparecieron los restos de una nueva especie, el *Homo Antecessor*.

Éstos son sólo dos ejemplos de por qué los yacimientos de Atapuerca, algunos bajo la protección de los militares, son considerados uno de los santuarios de la Humanidad más importantes del mundo.

Se trata de útiles multiusos de forma triangular con la base curva, tallados por ambas caras y de aristas afiladas. Santa Ana ha proporcionado a la comunidad científica un material arqueológico excepcional sobre estas *navajas suizas* de la Edad de Piedra, como las denominan en tono coloquial algunos especialistas.

«En la Península Ibérica hay muy pocos yacimientos en cueva con bifaces y aquí, además, están muy bien conservados». Existe una colección de 25 piezas exclusivas en Europa procedentes de la cavidad cacereña que, a partir de sus trazas de uso, en sus filos, puede estudiarse la materia sobre la que trabajaron, es decir, si fueron empleados para cortar carne, madera, huesos, piel, etcétera. «También podemos observar el desgaste producido en estas herramientas por la presión de la mano», destaca Canals. Se puede observar como algunas de estas piezas fueron usadas con la punta hacia delante y otras con la punta hacia atrás.

«Todo esto resulta excepcional para el conocimiento de las herramientas prehistóricas», subraya el arqueólogo catalán. Generalmente sólo es posible realizar una descripción tipológica, sin ir más allá. Con los bifaces de Santa Ana «podemos estudiar la cinemática, es decir, su funcionalidad, el modo en cómo



Antoni Canals, codirector del equipo Primeros Pobladores de Extremadura muestra una de las piezas arqueológicas halladas este verano y todavía sin clasificar.

se emplearon». El análisis de estos filos demuestra además que los homínidos trabajaron también con herramientas de madera o de hueso —y no sólo de piedra— que fueron talladas gracias al uso de estos bifaces.

Los sedimentos superpuestos de la cavidad cacereña no sólo muestran la existencia de utensilios procedentes del *Achelense*, también de los otros dos modos de cultura lítica de nuestros antepasados prehistóricos a lo largo de todo el Paleolítico. El modo 1 o *Olduvayense*

es el más antiguo. Las herramientas son sencillas en su elaboración y tras su utilización eran desechadas.

Estos útiles *de uso inmediato* subsistieron durante prácticamente todo el Paleolítico con las tecnologías líticas del modo 2 (la ya citada *Achelense*) y del modo 3, denominada *Musteriense*. Ésta es la más moderna, procede del Paleolítico Medio y es mucho más perfecta que la anterior porque, en el proceso del tallado de la pieza, se empleaban golpeadores de madera o de huesos

Hace 7.000 años en las Chafarinas

El Archipiélago de las Islas Chafarinas estuvo habitado durante la segunda mitad del V milenio antes de Cristo. En uno de sus tres islotes, el Congreso, existió un asentamiento neolítico de tipo cardial —en alusión a la cerámica decorada con impresiones dentadas realizadas con conchas—, propio de esta zona de la cuenca del Mar Mediterráneo.

La ocupación humana de El Zafrín —como así se llama el yacimiento— se prolongó durante aproximadamente cinco siglos hasta que la subida del nivel del mar dificultó la habitabilidad y, sobre todo, acabó con el agua dulce. «Su descubrimiento causó un gran impacto», dice Juan Bellver, investigador del Instituto de Cultura Mediterránea de Melilla, institución responsable de los trabajos realizados entre 2000 y 2007 en la estación neolítica. Los yacimientos de este tipo son escasos en el occidente costero del norte de África y los que existen «se hallan en cuevas», señala Bellver. Además, «en El Zafrín, encontramos restos cerámicos de gran tamaño, algo poco habitual».

Para el desarrollo de las investigaciones, el Instituto de Cultura Mediterránea contó con el apoyo del Organismo Autónomo Parques Nacionales del entonces Ministerio de Medio Ambiente, ya



Pepe Díaz

que las Islas Chafarinas son «Refugio de Caza Protegido», así como con la autorización del Ministerio de Defensa para la realización de las prospecciones y excavaciones.

En el Congreso no sólo se ha encontrado cerámica, también guardaba restos humanos y de viviendas, un horno y diferentes tipos de herramientas, como perforadores y raspadores, necesarios para el consumo de moluscos. Materiales similares se hallaron en la Isla del Rey —el tercer islote de Chafarinas— pero su datación se remonta más en el tiempo, alrededor del 20.000 a. C., en el Epipaleolítico.



En la Península Ibérica existen muy pocos yacimientos de bifaces en cueva como ocurre en Santa Ana, donde además se encuentran muy bien conservados.

además de la piedra, y los trabajos tenían lugar sobre una plataforma pétreo especialmente diseñada para esta labor.

En Europa el origen del *Achelense* se sitúa alrededor de los 600.000 años. De ahí la importancia de los hallazgos en Santa Ana. A la espera de la datación radiométrica de la colección de 25 bifaces encontrados en la cueva, cabría la posibilidad de adelantar la aparición de esta tecnología del modo 2 en el Viejo Continente al menos en 100.000 años, e incluso más, como en África, donde surgió hace más de un millón de años.

De momento, la citada premisa es tan sólo una hipótesis. Pero, del interior de la cavidad abierta en este centro de formación de tropa emana ese «perfume» — como lo define Antoni Canals — del *Achelense* del norte africano, con cronologías similares o más antiguas a las de otros yacimientos ya estudiados en la franja mediterránea, desde Turquía hasta el Estrecho de Gibraltar, es decir, entre los 700.000 y los 120.000 años.

«A medida que mejoremos nuestra percepción analítica sobre el yacimiento — dice Canals — iremos viendo a lo

largo de los próximos años a qué conclusión llegamos. Pero lo que sí está claro es que hay algo muy antiguo que se corresponde en la Península con la llegada del *Achelense*».

FÓSILES PALEONTOLÓGICOS

En Santa Ana aún no se han hallado restos humanos pertenecientes a dicho período. «De aparecer, deberían pertenecer al *Homo Heidelbergensis*», explica. Sí han sido descubiertos restos del *Homo Neanderthalensis*, cuya datación oscila entre los 90.000 y 80.000 años.

«Posteriormente Santa Ana se abandona y no vuelve a ser ocupada hasta el denominado Epipaleolítico», añade Canals. Se trata de un período intermedio entre el Paleolítico y el Neolítico. «Son las últimas comunidades de cazadores-recolectores que habitan El Calerizo y los actores del gran salto de la depredación a la producción y al asentamiento permanente».

«Un yacimiento en terreno militar es un privilegio»

Después de doce años de investigaciones, por fin se han encontrado este verano, restos paleontológicos en la sala principal de la cavidad. En concreto, han aparecido fósiles de hasta doce especies diferentes, como lince, lobos, pequeños carnívoros, bóvidos, équidos y tortugas. «La sorpresa fue total cuando hallamos el cráneo de un oso al que de momento situamos el Pleistoceno Medio, con una edad, en principio, de alrededor de los 350.000 años».

El hallazgo de esta diversidad biótica es idéntica a la documentada en la Cueva de Maltravieso, lo que demuestra la riqueza ecológica de El Calerizo. «Sin restos de animales es muy difícil encontrar restos de homínidos», dice Canals. Con las piezas recuperadas el pasado mes se abre de nuevo esa posibilidad. Los registros tecnológicos descubiertos también este año — más bifaces y otros utensilios — refuerzan ese deseo.

J.L. Expósito

Fotos: Hélène Gicquel